

Un discurso de buenas intenciones

COMO se esperaba, el discurso de don Felipe González ha sido el discurso templado, moderado, de un socialismo que al fin se inserta en la democracia (esa rotunda aceptación del diálogo con la oposición), en la nación (¿qué español no suscribirá los tres objetivos de paz, unidad y progreso?) y en el sentido de la realidad. La importancia histórica de esa actitud la hemos expuesto en un reciente editorial. El discurso del señor González no ha sido el de un ideólogo, sino el de un político en el umbral de su máxima responsabilidad como hombre de Gobierno.

PERO un discurso de esas características se debe juzgar por sus resultados. No es una declaración doctrinal ni una apelación emocional. Habrá, pues, que esperar a ver si esos resultados se producen para darle la calificación definitiva. Don Felipe González ha reconocido lo que para todos los oyentes era obvio desde sus primeras palabras: que, por el tono realista de su discurso, éste habría podido ser el discurso del señor Calvo-Sotelo o del señor Suárez. La diferencia, ha observado el líder socialista, es que él dispone de una mayoría que le va a permitir realizarlo y, sobre todo, tiene la firme voluntad de conseguirlo. Conformes. Pero algo más que mayoría y voluntad va a hacerle falta, y son las soluciones adecuadas a los problemas que ha expuesto.

EL cambio que ha prometido el señor González no es exclusivamente, pero sí de modo principal, el cambio económico y social; y éste es, desde luego, el cambio que espera el país. ¿Dispone el señor González de los colaboradores capacitados? Admitamos que sí. ¿Tiene además las fórmulas apropiadas? Por el momento lo ignoramos, porque la verdad es que en su discurso ha expuesto lo que hay que cambiar, pero no de qué manera. Incluso se ha remitido al debate futuro sobre los presupuestos como al momento de exponer sus ideas con profundidad. Nosotros nos resistimos a admitir que crea posible sostenerse hasta entonces con la simple declaración de intenciones que es su

discurso de ayer y preferimos suponer que las necesarias precisiones se las ha reservado para replicar a la fuerte arremetida dialéctica de la oposición. En tanto aplazaremos nuestro juicio. Aunque una vez más nos permitamos dudar de que el señor González triunfe donde el señor Mitterrand está fracasando, y eso que éste ha partido de una base incomparablemente más próspera y preparada que la nuestra.

NADA nos agradaría tanto como equivocarnos y que nuestras aprensiones resulten infundadas, puesto que están en juego el interés de España y las necesidades vitales de millones de compatriotas. Nadie tiene derecho a cerrarse a una apelación como la que el señor González ha hecho a la colaboración de la sociedad entera. Pero esa colaboración debe empezar por decir las verdades. El arbitrismo ha sido una tradición nacional tan brillante como estéril y muchas partes del discurso del líder socialista nos han recordado demasiado un discurso electoral.

ESTA es sólo una primera impresión que, naturalmente, no pretende sustituir al análisis de temas que iremos haciendo. Hay un aspecto, la política internacional, donde, junto a los grandes objetivos de una política ambiciosamente nacional (Portugal, Francia, el Magreb, Hispanoamérica, Europa), nos parece ver una fisura por la que se pueden colar apriorismos ideológicos o quién sabe si el fruto de aquellos contactos de los que tanto se ha hablado que bien merecen un esclarecimiento rofundo. En cambio, sobre cuestiones tan vidriosas como la enseñanza, el señor González ha pasado extremando la delicadeza. Más vale así. No es el único punto donde podría irrumpir la vieja vena belicista de su partido para provocar resistencias, asimismo, extremadas. Si una situación de esa naturaleza llegara a producirse, por desgracia, sería entonces cuando el candidato a la presidencia, que ha declarado que antes que nada se propone gobernar, y gobernar para todos los españoles, tendría la mejor ocasión de demostrar su auténtica talla de hombre de Estado.